

La memoria de todos los días

# LAS MUJERES Y LOS DIAS: UNA CRONICA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

JOSEP RAMONEDA

—Esta noche no podré dormir. Me habéis dejado para el arrastre. El franquismo hizo lo que quiso con las mujeres.

Este era el comentario de María Aurelia Capmany al terminar una mesa redonda en la que había participado junto a otras cuatro mujeres que estudiaron en la Universidad de Barcelona en diversos períodos de la época franquista.

Con las intervenciones de María Aurelia Capmany, Montserrat Llorens, Laura Tremosa, Helena Valentí y Mariana Petit, más la ayuda inapreciable de Elena Posa (la promotora del debate), he tratado de componer otra crónica en cinco tiempos de la Universidad barcelonesa. Una crónica de tiempos de miseria y de silencio que ahora van saliendo a la luz. El debate tuvo como marco el III Congreso Universitari Català, y se tituló, parodiando a Gabriel Ferrater, "Les dones i els dies a l'Universitat" ("Las mujeres y los días en la Universidad").

Tiempo 1:

"Señorita, usted tiene una inteligencia masculina"

—Pero señorita, ¿usted cree que un día llegará a ser un filósofo?

—Un filósofo, quizá no; pero un profesor de Filosofía como usted, seguramente que sí.

Este diálogo entre un profesor y una alumna se dio en la Universidad de Barcelona en los años cuarenta. La alumna era la escritora María Aurelia Capmany. Había entrado en la Universidad en 1937, pero de nada le valió: en 1939 tuvo que volver a empezar. En una Universidad ocupada hizo su carrera de Filosofía.

—Las mujeres tendrían que estar fregando —dijo un día un catedrático, quizá indignado porque en su clase había más mujeres que hombres, y esto quedaba muy mal. Eran tiempos en que se podían decir estas cosas. Y muchas más.

María Aurelia Capmany recuerda una de sus clases de especialidad (Filosofía moderna). Eran cinco alumnos: tres chicas y dos chicos.

—Cuando faltaban los chicos, el profesor decía que no daba clase porque no había nadie.

Las mujeres no existían en la Universidad de los cuarenta. Estaban allí, se sentaban allí, pero como si no estuvieran: no tenían derecho a la existencia reconocida. María Aurelia Capmany sacaba una novela y aprovechaba el tiempo leyendo, mientras el profesor soltaba las sandeces que por aquellos tiempos se explicaban en las aulas. Como que era una mujer, nunca le dijo nada. No existía.

Y los compañeros de clase, como máximo, aceptaban su existencia como un mal menor. María Aurelia comentaba los apuntes con otro

alumno "no muy espabilado". Un día el compañero aceptó que María Aurelia había entendido mejor que él las explicaciones del profesor. Pero aún tuvo arrostos para decir:

—Es extraño, porque los hombres somos más inteligentes que las mujeres.

Cuando María Aurelia recibió el "cum laude" por su licenciatura, un compañero que había obtenido la misma puntuación comentó:

—En esta jornada de hoy sólo hay una nota triste: que una mujer haya obtenido la misma calificación que yo. Eso significa que el "cum laude" tiene muy poco valor.

Y si María Aurelia había sacado la máxima nota, los hombres de los años cuarenta tenían que encontrar una explicación. Se lo decían con frecuencia:

—Señorita, usted tiene una inteligencia masculina.

Tiempo 2:

Las mujeres en los sitios que dejan los hombres

Montserrat Llorens venía de un colegio de monjas. Le interesaba la Historia, aunque sabía que luego le sería difícil encontrar trabajo. Era el año 1948 cuando llegó a la Universidad. En Letras, tres cuartas partes de los alumnos eran mujeres:

—Pese a ello, los profesores se dirigían mucho más a los hombres.

Cierto que había algunos muy preparados, un poco pedantes y que sabían de todo ("todo lo habían aprendido fuera de la Facultad"). Pero estas excepciones no justificaban la actitud deliberada de los profesores, que consideraban a los chicos únicos interlocutores válidos.

—En mi curso éramos once: nueve mujeres. Parecía como si a Vicens Vives le supiera mal tener tan

apenas había hombres —afirma. E insiste en el carácter confuso que tomaba este sentimiento, este tipo de relaciones.

Vicens Vives le propuso a Montserrat hacer un libro. Antes, Nadal había rechazado la propuesta por cuestiones de tiempo. Montserrat Llorens hizo sus textos, siempre bajo el control de Vicens Vives, y el catedrático, que en principio sólo tenía que escribir el prólogo, acabó interesado por el tema y escribió casi la mitad del trabajo:

—Nunca me enseñó una sola línea del texto. Hasta que estuvo todo terminado.

Murió Vicens. Y Montserrat dejó la Universidad:

—No quise hacer cola en otra cátedra.

Tiempo 3:

"¿Tú realmente tienes la regla?"

Laura Tremosa es la tercera mujer ingeniero industrial de este país



Pancartas contra la discriminación de la mujer en Barcelona.

pocos hombres en clase. Y siempre montaba actividades con otras especialidades en las que hubiera más hombres.

Demasiadas mujeres en clase era un desprestigio para las asignaturas.

—Y es cierto que muchas mujeres iban allí sin demasiados objetivos, hasta el punto de que daban base al tópico de que las chicas van a la Universidad para casarse. Pero había un clima especial con las mujeres. Algo muy confuso, algo nunca demasiado explicitado, pero siempre presente.

Montserrat Llorens trabajaba mucho y tuvo siempre la impresión de que esta competencia a los chicos no les gustaba en absoluto.

—Había un poco la conciencia de que la mujer estudiosa tendría dificultades para casarse.

Vicens Vives le hizo un hueco en la Universidad. Allí estuvo ocho años. Los primeros, trabajando, pero sin cobrar.

—De mi promoción tuvo forzosa-mente que coger mujeres, porque

(la primera es Pilar Careaga, la fascista ex alcaldesa de Bilbao). Laura estuvo en la Escuela de Ingenieros de Barcelona de 1955 a 1960. Estudió Ingeniería porque era lo más difícil y lo más prestigioso en la rama de ciencias, y porque su padre —catedrático y director de la Escuela Industrial— se lo había prohibido enérgicamente. Antes de entrar tuvo que hacer el ingreso, que lo preparó sola en casa (un año y medio prácticamente encerrada), porque su padre no la dejó ir a una academia. En octubre de 1955 era la única mujer en la Escuela, y siguió siéndolo hasta que terminó.

Apenas nadie le hablaba. Hoy recuerda con afecto que fue Alfonso Comín el primero que le dirigió la palabra:

—¿Vamos a tomar algo al bar?

El segundo chico que se le acercó fue un tío que un día, en el laboratorio, le dijo:

—¿Tú realmente tienes la regla?

La actitud general era de un cariño paternalista. Y Laura cree que los profesores fueron a veces in-



María Aurelia Capmany junto a Federica Montseny, en un despacho de la editorial Laia.

cluso indulgentes con ella por ser mujer:

*—Algun examen es posible que me lo aprobaran por el hecho de ser chica.*

Recuerda que le impresionó la escasa inquietud cultural de sus compañeros de clase. Y un ambiente entre los hombres bastante bestia: tenían novia y además iban de putas. Y éste era un tema constante en sus conversaciones. En especial los lunes, que se contaban las fechorías del fin de semana. Ella era una extraña espectadora de aquel universo.

*—Los chicos se moderaban mucho cuando hablaban conmigo. Por ejemplo, evitaban decir tacos.*

Cuando salió de la Universidad no encontraba trabajo: cuando veían que no, que no había error en el nombre, que realmente era una mujer, ya no la dejaban hacer ni las pruebas psicotécnicas. El argumento siempre era el mismo:

*—Usted tendría que tener a hombres como subordinados, y esto no puede ser.*

Trabajó en una oficina de proyectos. Y no dejaban que ella entregase sus trabajos directamente a los aparejadores y delineantes para que no se sintieran vejados.

Laura Tremosa hoy reacciona frente a aquel entonces:

*—Había intentado olvidarme de que era una mujer y, más grave todavía, lo había hecho olvidar a los hombres.*

No gozó de la maternidad (cuatro hijos) agobiada para no perder comba en el trabajo. Y desperdició la oportunidad de trabajar en el extranjero por sus obligaciones familiares.

*—Había caído en la trampa de la redención individual por la profesión. Una actitud que tranquilizaba mucho a los hombres. Yo misma había llegado a creerme una mujer liberada. Sólo hace unos años des-*

*— cubrí que no hay liberación que no sea colectiva.*

#### Tiempo 4: Los poemas a la mujer castradora

Helena Valentí había vivido siempre en ambiente universitario. Su padre era catedrático. Y le chocaba el desprecio que sus amigos (otros catedráticos) tenían por las mujeres sabias. Su padre le estimulaba la inquietud intelectual, pero consideraba que lo esencial en una mujer es ser hermosa. A los diecisiete años, en ocasión de una fiesta, una señora la maquilló:

*—Tendrías que maquillarte con más frecuencia* —fue el comentario del padre.

Cuando entró en la Universidad, en 1957, tuvo conciencia de transgredir algo. La imagen que tenía de las mujeres en la Universidad eran las señoritas útiles que buscaban fichas o vaciaban archivos: la base del trabajo que luego los investigadores hacían lucir.

Helena Valentí tuvo el privilegio de introducirse en la "élite universitaria" de la época, que formó un centro de estudios universitarios. Un grupo de estudiantes y profesores se reunía para hacer crítica literaria, lectura de poemas, etc.

*—No tenía amigas. El haberme introducido en esta élite me distanció un poco de ellas. Preferí la amistad de los amigos, la compañía de los tíos.*

En el círculo todos escribían poemas, menos ella.

*—Poemas en los que aparecían las actitudes, los sentimientos, la sexualidad y la represión de los hombres. Y que eran objeto de unos comentarios morales profundamente masculinos. La mujer era la mujer castradora, el mal, el vi-*

*— cio. Y todo aquello lo soltaban delante mío porque a mí no me consideraban mujer.*

Había en el grupo algunos homosexuales reconocidos. Para los demás la vida sexual consistía en ir de putas.

*—Yo no abrí nunca la boca.*

Un día alguien le dijo:

*—Tú no dices nunca nada, pero pones cara de divertirse escuchando. Por eso es bonito verte.*

El clima era de gran represión sexual. Los hombres iban de putas. No se conocían los anticonceptivos. Y las parejas que iban a la cama era que querían casarse.

*—Es la época en que he tenido más declaraciones de matrimonio.*

Y los chicos acostumbrados a ir de putas cuando se acostaban con una "chica decente" sufrían tensiones emocionales:

*—Muy a menudo acababa con llantos y dramas.*

Su novio sacó en un examen nota inferior a la suya. Para colmo el profesor las leyó en público. La relación quedó cortada. Y el novio abandonó la Universidad: no lo pudo soportar. Años después acabó la carrera examinándose en septiembre casi clandestinamente.

Helena Valentí hizo su tesis doctoral en Cambridge y la mandó a uno de sus profesores de Barcelona.

*—Nunca me ha hecho el más pequeño comentario. ¿Creéis que si fuera tío me hubiese tratado así?*

#### Tiempo 5: Los tíos siempre iban con el sexo en la boca

Cuando Mariona Petit llegó a la Universidad (Exactas) en 1965 el

ambiente había cambiado un poco: no había un clima explícito de discriminación. No obstante andaba por ahí un profesor que decía que a las mujeres era igual suspenderlas que aprobarlas:

*—Igualmente no les servirá de nada.*

Eran aquellos los años de apogeo del movimiento estudiantil. Un día una chica pidió al profesor que la dejara informar de una asamblea de distrito:

*—Informe, informe, señorita. Pero permítame que la mire a usted porque es mucho más agradable que mirar al conjunto de la clase...*

Mariona Petit fue la primera mujer que llegó a delegado de Facultad. Dos razones explica ella de por qué las mujeres no acostumbraban a pasar de consejeros de curso: una cierta inseguridad que les hacía pensar que lo harían mal, y unos condicionamientos familiares de horarios, etcétera. Ella piensa que llegó a ser delegado porque ya no quedaban hombres en la Facultad (expedientes, cárcel, servicio militar, etcétera). El movimiento estudiantil estaba bastante desplumado y se acudió al ejército de reserva: las mujeres. Y así y todo ahora piensa que fue necesaria una consigna de partido para asegurar su elección.

En el movimiento estudiantil contempla dos épocas, que se podrían situar, aproximadamente, antes y después del 68:

a) *La época en que todos éramos compañeros que hacíamos la revolución. Aparentemente no había sexos. Todos éramos puros. Eran tiempos místicos.*

b) *La época de la liberación sexual. Si luchábamos contra toda represión había que luchar también contra la represión sexual.*

*—Una liberación artificial, que se concretaba fundamentalmente en ligar y, sobre todo, por parte de los tíos, en explicarlo después. Había tíos que iban incluso con listas. Y se hacían comentarios de lo más grosero, con pocas pruebas de afectividad y de sensibilidad.*

Mariona Petit piensa que fue una liberación sexual a la medida de los hombres:

*—Los tíos iban siempre con el sexo en la boca.*

Y las mujeres eran clasificadas en tres tipos: novias de los compañeros, las fáciles y las estrechas. Las progres tenían la obligación de ser fáciles.

*—Fuimos una vanguardia en muchos aspectos, pero en las relaciones entre los hombres y las mujeres nos comportamos como la gente corriente y moliente.*

—Como pasa ahora con la liberación sexual que nos invade, apostilló alguien. ■